

línea paralela de lo digno, el hombre en su simbólica representativa de pueblo. Y, lógicamente, el hombre de España, el pueblo de España. Lo que Machado conocía mejor y más hondamente, en sus propios abismos. El hombre que trabaja frente al cacique inútil y nocivo, así se siente a lo largo de sus poesías, y de sus prosas en apócrifos y complementarios. Los años de agitación y huelga que conoció Machado en España, sobre todo en 1917, seguro que influyeron en su quehacer poemático. Se adaptaban a su propio sentir, a su propio meditar.

Vayamos en recorrido junto a Juan de Mairena. Con él, Antonio Machado nos dice que «español suele ser buen hombre, generalmente inclinado a la piedad». Por ello mismo, cabe el análisis y el consejo de educador. Es lo que hace el poeta: «Yo siempre os aconsejaré que procuréis ser mejores de lo que sois; de ningún modo que dejéis de ser españoles. Porque nadie más amante que yo ni más convencido de las virtudes de nuestra raza». Eso no excluye ni severidad ni lucidez, por el contrario, más vale armarse de esas características, y socialmente hablando también. Se debe saber todo, y así por ejemplo, «hay que ser español, en efecto, para decir las cosas que se dicen contra España». Introspección que llega hasta la crueldad, y posiblemente no como ventaja sino incluso como menosprecio de lo que uno es, de lo que somos. ¿Desvarío al estilo de Don Quijote? No, pero tampoco se enderezan entuertos de este modo. Antonio Machado evoca escenas del guerrear de España, ¿y qué pueblo no ha sido guerrero, por las razones que sean? Claro, no decir tan sólo que España es esto o lo otro, lo de aquí o lo de más allá. Machado se siente sereno y vuelve a aconsejar lo que cree oportuno: «Pero pensar así es profundamente antiespañol. España no ha peleado nunca por orgullo nacional, ni por orgullo de raza, sino por orgullo humano o por amor de Dios, que viene a ser lo mismo». Tal vez exagere el buen Machado, don Antonio el bueno, aunque no se le va a escatimar su añaño humanismo, el hombre en su país.

Mucho más importante, porque cala más tajantemente, es otro párrafo maireniano, al decirnos: «... no he dudado nunca de la dignidad del hombre, no es fácil que yo os enseñe a denigrar a vuestro prójimo... Nadie es más que nadie, como se dice por tierras de Castilla.». Y Machado afirma con fuerza, fieramente, y siempre por boca de su amigo complementario y apócrifo Juan de Mairena: «Fieles a este principio, hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel. Digan lo que digan». No cabe meterse aquí en camisa de once varas, ni entremeterse en la idealidad independiente de alguien. Quedémonos que con esa dignidad y esa fidelidad se hace y se mues-

tra el hombre de España. El hombre del pueblo, esencialmente. Un hombre liso y llano, de gran corazón y de acogedora sencillez. Lo recuerda una estrofa de la composición titulada «El viajero» (*Soledades, galerías y otros poemas*):

*Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra.*

Vuelve a la lid el poeta gracias a los papeles de Juan de Mairena, en el texto titulado «Sobre cultura popular» (fragmentos de *Los milicianos de 1936*); lo que le preocupa es la «insuperable dignidad del hombre». El amor trasciende en exaltación, el poeta se apoya en la ética popular: «Nadie es más que nadie, reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y de orgullo! Sí, «nadie es más que nadie», porque a nadie le es dado aventajarse a todos, pues a todo hay quien gane, en circunstancias de lugar y de tiempo. «Nadie es más que nadie», porque —y éste es el más hondo sentido de la frase—, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito». Es, asimismo, el replanteamiento de la vieja sentencia machadiana:

*Para dialogar,
preguntad primero;
después..., escuchad.*

Que no irrumpa nunca el acento de superioridad, de la malquerida y pretendida superioridad. Para Machado, lo esencial, el amor, «oír y escuchar» al hombre.

DOMINANTES

2.1. *El camino*

Siempre se afanó Antonio Machado en no extraviarse, en no descarrilarse. Vivir y poetizar era función unida, unificada. Caminar, y el imprescindible camino. Para conocer y recordar, siempre en el vivir y en el soñar, una autenticidad pareja del amor, con «la mano compañera», dice el poeta, la mano primeriza y grata, la de Leonor, y sirve para la intimidad y para su diálogo con todo, fundiéndole más

en las cosas presentes y reales o apartándolas y aislando al hombre en caso de necesidad. Un camino, y el consiguiente caminar, el lógico y lúcido encaminamiento. Con conciencia clara, y así el escribir se asimila al caminar, o viceversa. La problemática es saber si se atina en lo caminado, en lo escrito. Y Juan de Mairena advierte que «hemos de hablar modestamente de la poesía». En resumidas cuentas, conviene aclararlo todo, y que la lectura no sea obediencia sumisa y ciega. Sí, debéis recapacitar y en la libertad individualizada, «no toméis demasiado en serio nada de lo que os diga». De nuevo, la exageración machadiana. Porque, entonces, ¿para qué escribir, por qué ir caminando? Antonio Machado, desde siempre, viajero, caminante. Por tierras de España ante todo, como lo fueron o son otros escritores: Cervantes, Azorín, Ortega, Cela... El camino y el caminante son títulos en poesías machadianas. Una identificación constante con lo humano y lo temporal. Porque no hay tachadura posible. El testigo con su mirada y sus oídos receptores, decantando lo sentido y lo vivido, reviviéndolo. Aunque haya cansancio y hay tristeza y haya desaliento. Incesante caminar, obstinación del solitario en su itinerario de soledades. Por eso mismo, en Antonio Machado, hay verbos representativos en zumo y jugo de vida e historia, para que la poesía y el arte nunca paguen de alejamiento del hombre, de una posible deshumanización; son verbos tales como «soñar», «ver», «oír», «hablar», «escuchar», «caminar». Para expresar «una honda palpitación del espíritu... en respuesta animada al contacto del mundo». O sea, que Machado, con Mairena o sin él, tiene lucidez solidaria siempre. Fraternalmente. Caminos para hallarse junto al paisaje, y aunque nacido (por azar) en Sevilla, nos confiesa:

*yo tuve patria donde corre el Duero
por entre grises peñas,
y fantasmas de viejos encinares,
allá en Castilla, mística y guerrera,
Castilla la gentil, humilde y brava,
Castilla del desdén y de la fuerza...*

Romanceados versos de «La tierra de Alvargonzález», caminos para las palabras y para los hombres que las pronuncian. Lo mismo en la realidad que en el sueño, ya que, nos dice:

... caminos tiene el sueño

y los tiene «sobre la tierra amarga». Por ello es cansino el caminar; no se olvide:

... yo caminaba cansado

y es que se recuerdan conocidos versos machadianos:

*He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas...*

Siendo, como es de veras el caminante, «suma del camino», «viajero / del áspero camino». ¿No es actividad creadora del existir? Claro que sí, el camino se forja:

Yo iba haciendo mi camino

A veces, ni eso; no se puede caminar, no se puede hacer el camino, no le dejan a uno. Como no le dejan hablar o escribir; el camino es libertad. Para integrarse al paisaje, y en camino de canciones o en camino coloquial, o en el sendero del nacer y del morir. Viajero eterno el hombre, y más aún el poeta. Hoy, ahora, o «cuando llegue el día del último viaje», caminar por los campos de fuera, los de España, y por los campos de dentro, los de las entrañas. Es desnudez cuando se es sincero, caminante de un «amargo caminar». Asimismo, se forjan horizontes e ilusiones. Cabe acompañarle al poeta, y su soledad se llena de presencias:

*Yo voy soñando caminos
de la tarde.*

La tarde, y la mañana, la amanecida del hombre en su cotidiano canto de vivir, la experiencia, los caminos que le llevan hasta tierra gala, y allí en Collioure, frente al Mediterráneo, el camino es memoria, hoy y ayer y mañana, con «estos días azules y este sol de la infancia», y eran días febrerinos, en 1939...

Caminar es, tal vez, la palabra más significativa de las dominantes en Machado. Lo suyo y lo de los demás, porque «el caminante es suma de camino». Lucidez y exigencia de la participación humana. No puede olvidarse nadie de la realidad:

*Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.*

¡Qué ley insoslayable! Lo recuerda de otro modo Machado y nos convence:

*Caminante, no hay caminos,
sino estelas en la mar.*

¿Nuestra trayectoria? ¿Lo que va borrando el tiempo? También hay caminos en el tiempo; o, por lo menos, el hombre es viajero por el tiempo. Caminar, desde el nacer hacia el morir, lento y constante camino. No cabe ausentarse de nada, es lo maireniano, aquello de «¡Porque ya es mucho ir; volver, nadie ha vuelto!» Ya se ve, caminar hacia la nada, el camino hacia la muerte. Viajero con su dolor a cuestas, caminante con su esperanza ante los ojos. No queda más remedio que seguir así, norma de los siglos, y si acaso apasionarse en tal experiencia, proseguir sin hastío la historia que nos tocó vivir, la historia que nosotros hicimos o ahora forjamos, el caminar de todos en la ecuación viajera de cada cual. Machado va por amores y soledades, y nos da su propia impresión:

*Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.*

Es decir, sobre la tierra. Por las moradas del hombre. Caminos por donde camina y reside el hombre. En la tierra, Soñando o sin soñar. Porque todo es transcurrir, «pasar». Para Machado, tal es la perspectiva del hombre. Y más, naturalmente, en su España. Caminos de España, meseteños y parameranos, junto a caminos del sur.

2.2. El tiempo

Nos sirve de adecuada introducción un diálogo transcrito por Miguel Pérez Ferrero (*Vida de Antonio Machado y Manuel*, Rialp, Madrid, 1947), no hay pérdida en las palabras empleadas, cuyo sabor general y hondo señala la huella y el rumbo de lo temporal en la concepción poética de Antonio Machado. En ambos hermanos surge la conversación acerca del fluir del tiempo en la poesía: «Tu poesía no tiene edad, dice Manuel a Antonio. La mía sí la tiene». Y éste le responde: «La poesía nunca tiene edad cuando es verdaderamente poesía».

Pueden establecerse niveles de comparación y aducirse argumentos, pero lo dicho por Antonio Machado es importante. No tener edad la poesía, cuando lleva y conlleva sangre del tiempo, cuando rezuma historia del tiempo poético en su cuenta y canto. Cantándose lo contado, el lector se halla de buenas a primeras con una poesía arraigada. Y, nos dice Antonio Machado, precisamente por eso, es verdade-

ramente poesía. No tiene edad, pero no está fuera de la edad; es su esencialidad. Su solidaria y enriquecida soledad.

Con Juan de Mairena del brazo, Antonio Machado esparce al viento la semilla de su poética: «La poesía es diálogo, el diálogo de un hombre con su tiempo». Al zafarse de vaguedades, queda dentro de la experiencia vivida, soñada, asumida. Y ahí surgen tres mundos temporales: a) real, cuyo itinerario es la vida sin escapatoria, lo vivido; b) poético, con símbolos y con memoria, para ir hacia el pasado, que lleva al poeta al pretérito a ratos añorado, a ratos inventado; c) psíquico, y claramente se especifica su significación. La poesía escoge su momento y sin maniobras de ninguna clase, ofreciéndose y acogiendo. En su trilogía de tiempos y mundos, los que acaban de citarse. En la claridad y en la sencillez. Todo ello acaso tenga sus raíces en la actitud pensadora del poeta, ya que es sabido que mucho le interesaba la filosofía, y durante su estancia en la capital gala asistió a cursos de Bergson, y luego, mucho más tarde, se interesó por la filosofía de Heidegger. Las nociones de «durar» y «esencialidad» siempre fueron atracción en Antonio Machado, en conciencia temporal y que nada de extraño tienen en quien se confesó como discípulo bergsoniano. Temporalidad que, pese a todo, acarrea su interpretación correspondiente. Temporalidad, fulguraciones, vibraciones, las gamas diversas y hondas del tiempo de los hombres, del tiempo vital de historia y del pueblo. Tiempo, pues, de poesía machadiana. Tiempo de una poesía sin edad. Que (en «Los Complementarios») muestra ansia y angustia hacia lo que pensó en 1915-1920 y que es «captar el tiempo y eternizarlo». O sea, casi las cuatro estaciones de la instantaneidad.

Así, lo temporal histórico y lo temporal existencial se funden y desembocan en el hombre-poeta, soñador solitario que puede ser testigo y actor del tiempo. ¿Contradicción en la aventura de vivir y escribir? No, ni mucho menos. Y dos estrofas nos recuerdan la postura machadiana en sus afanes concretos; por un lado:

*Canto y cuento es la poesía.
Se canta una viva historia,
contando su melodía.*

Y por otro lado, en cabal afirmación que se resume como demostración sin necesidad de pruebas, Machado dice:

*Ni mármol duro ni eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.*

Todo eso es conocido, la lectura de la obra machadiana vuelve a subrayar los elementos del existir y, asimismo, la fuerza de los recuerdos, una memoria cooperadora, activa. Y cuando escribe que «por añadidura» se dará el poeta toda su resonancia anhelada, Antonio Machado recoge los latidos y las respiraciones del tiempo que se vive, y que puede ser también «viveza lógica y gracia» en el lenguaje, esto es, en el imperativo diálogo. Y recuérdese que en la temporalidad del verso, el poeta escribió: «converso con el hombre que va siempre conmigo». Pensamiento y acción. Que Juan de Mairena, dándole vueltas al asunto, acertó a proclamar de otro modo: «... si dais en escritores, sed meros taquígrafos de un pensamiento hablado». Tiempo de la actividad junto al tiempo de las interioridades. Ansia que también una copla dada en la prosa maireniana explica el temar popular del tiempo machadiano:

*La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte;
hoy peno porque te vi.*

Fluyendo, vive la pena, y en oscilaciones de tiempo persiste y vive la pena; ¿no se retrata así el diálogo íntimo del poeta, su preocupación?

La homogeneización del eco, la gracia cantarina del recuerdo (esto es, de lo que cabe contar) es luz. Arranque que se expone en «Retrato»:

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;*

y el tiempo puede añadirse y sumarse, una agregación de años, muchos más de los veinte que Antonio Machado ya indicaba. Era entonces. Y siguió en tierra de Castilla hasta casi su muerte. De aquel tiempo, y sobre todo de la memoria sensible de tierras del sur, subsistía la luz. La luz de la infancia, la luz de la ciudad andaluza donde naciera el poeta. Y se recogía asimismo en la linde del morir. La trayectoria fue de mucha duración, esto es, simbolizaba su vida entera. Así:

Esta luz de Sevilla...

Desde esa frase, en una de los sonetos de «Nuevas canciones» (1917-1930) se puede establecer un puente directo con el tiempo de

la memoria, pasándose a otra frase escrita en febrero de 1939 y que siempre irrumpe como hermosura machadiana del hombre y de su soledad creativa; me estoy refiriendo, lógicamente, a:

Estos días azules y este sol de la infancia.

La poesía machadiana llevaba sangre de tiempo, el poeta se sentía recorrido por el tiempo. Una anulación de años, el tiempo es instantaneidad y es eternización. Lo es para todos los poetas.

2.3. *El sueño*

Como común medida (y no denominador común) la distancia entre tiempo y sueño, las vueltas de la noria. En madurez representativa de Antonio Machado. Soñar, y ritmos de ensueño. Cascada, o surtidor, pero nunca riada. El sueño, como arroyo lento y pausado. Algo que viene a ser un caminar fuera de existir, y a ratos casi irse fuera el tiempo, una sueñística siempre presente en Antonio Machado. Evoquemos así:

*Yo he visto mi alma en sueños
cual río plateado.*

Situación que se observa en «Soledades, galerías y otros poemas», y luego puede ocurrir que el río se vuelva espejo, pero siempre dentro del soñar. Paisajística no puramente inventada, sino entrevista, es decir, soñada. ¿Añorada en sueños? Es muy posible. Sin excesiva evasión. El soñar esperanzador.

Espectáculo del vivir, que el poeta acogía y modelaba en su sentimentalidad, y que nos dice que veía «en el profundo espejo de mis sueños» («Introducción», en «Galerías»). Pero todo Machado está lleno de sueñística, y desde lo concreto saltaba el poeta a lo abstracto, yendo hacia los símbolos soñados. Incluso sueños del paisaje, el sueño del mar por ejemplo, «¡Castilla, hacia la mar!». Emoción pura y ahondante, pregonada como despertar ante la inmensidad de lo real y de lo histórico. Es cual trampa engañosa. Y en el «cancionero apócrifo», según Abel Martín, Machado nos lo advierte:

*Malos sueños he.
Me desperté.*

Es lo que asimismo nombra «los sueños dialogados» (en *Nuevas canciones*). ¿Es por que se dirigía el poeta a su soledad, su «soía com-

pañía»? Es tensa la realidad del ser machadiano, y en uno de los sonetos de esos sueños dialogados, léese:

*Con el incendio de un amor, prendido
al turbio sueño de esperanza y miedo,
yo voy hacia la mar, hacia el olvido...*

La potencia del soñar, la posibilidad de realizar y de escapar, el poeta con su corazón eternamente preocupado, y acaso por ello (amores con rosa de los vientos) sin cesar de verse «prendido / al turbio sueño de esperanza y miedo». ¿Es, asimismo, la línea de separación entre las dos vertientes del hombre que piensa, soñar entre la esperanza y el miedo? Con tamaña andadura de los días, el poeta adopta otra orientación:

No duermo por no soñar.

Nos lo dice desde Valencia, en meses finales de su existencia, tras haber recibido con la guerra el tajo definitivo a su último y tardío amor, «la soñada miel de amor tardío» y cuando «al revivir su rojo Romancero», el poeta «recuerda las tierras de Soria» o su «Sevilla infantil ¡tan sevillana!». ¡La guerra! El poeta anda sin sosiego, todo es vivir al día y muy alerta; así se lo expone a las juventudes en el himno *Alerta*, para que el sueño no invada todas las comarcas de la sensibilidad y del cotidiano vivir en horas de amanecida y profunda noche:

*... ¡Ay del dormido,
del que cierra los ojos, del que ciega!*

Poesía escrita en tiempo conflictivo de guerra, en palabras rezadas a solas o en los mil sufrimientos de todos, y así piensa el poeta, es su única posibilidad. La dictada por la vida de España. ¿Qué ensueño puede borrar la tragedia con sus zonas de esperanza y miedo? Medita en el día, «pienso en la guerra». Vivir dialogando, morir dialogando, escurridiza alegría del lenguaje, y adiós a los ensueños ante las olas azules del Mediterráneo. Con sus recuerdos en las venas. Tal vez con imposibles sueños, retorciéndose los dedos por impotencia y con lágrimas en los ojos, es decir, soñando de veras, el ensueño que era lo que de su existencia no se escapaba. El poeta atado a su sueño de España. Su vida fue endémico soñar. Todo era empuje al ensueño. Amores apenas gozados, vejez prematura, dolor en lo hondo de las palabras más o menos secretas. Los cauces de sus

estrofas tenían que acarrear, por fuerza, el sueño de los hombres, el sueño de la amada, el sueño de España. Pero, ¿es que la aleteante vida intuitiva de un poeta puede ignorar la savia del soñar? Sí, sentir lo que existe y nos rodea, ver cuanto puede acontecer, la totalidad poemática es como la totalidad vivida. Porque, ¿no se trata de convergencia? En Antonio Machado se destaca el sueño como animador de la poesía. Un sueño de no dormido, para conservar intacta la sangre vivificadora. De otro modo, durmiendo, se soñaría «mal», sería la falsedad del sueño, la descarnada silueta del soñar, la invención y no la palabra puesta donde debe estar: junto al pueblo, en la sentimentalidad analizadora y lúcida. El poeta no puede dormir, pero el sueño es imán, el ensueño encauza verdades. Para Antonio Machado, el ensueño lleva heridas, es sueño malherido. Ensueño de amor y de esperanzas.

JACINTO-LUIS GUEREÑA

37, Avenue Marcel Castié
TOULON (France)